

no deja de acarrear ventaja á la religion y á la verdad. En efecto diremos que ESTE LIBRO DEMUESTRA, así como ha sido afirmado, EL FIN DE LA REVOLUCION ; como igualmente cuales SON LAS COSAS QUE PROCEDEN DE LA RAZON PURA, de la razon filosófica ; diremos que este libro es un siniestro relámpago, un rayo horrisono, pero que deja ver un abismo ; y al mismo tiempo servirá eficazmente para hacer apreciar mejor LAS COSAS QUE PROCEDEN DE LA RAZON UNIDA A LA FE, de la razon católica, esto es, de la importancia y necesidad de la verdadera religion.

DUODÉCIMA CONFERENCIA.

LOS ATAQUES CONTRA EL DOGMA DE LA CREACION.

EL DUALISMO.

Socrus Simonis tenebatur magnis febribus. — La suegra de Simon se hallaba atormentada por violentas calenturas.

(Evangelio del día.)

1. Esa desventurada mujer, que devoran calenturas de especies diferentes, en términos de hacer desesperar de su vida, *Socrus Simonis tenebatur magnis febribus*, es el tipo y figura, dice San Ambrosio, de nuestra pobre humanidad, extenuada, doliente y reducida á la última extremidad por las diversas fiebres de sus pecados, sus vicios y pasiones : *In typo mulieris illius variis criminum febribus caro nostra languabat, et diversarum cupiditatum immodicis testuebat illecebris.* (Lib. VI, in Luc.)

Ahora bien, una de esas fiebres que acaban con nuestra existencia, con nuestra vida espiritual, como las fiebres ó calenturas, propiamente dichas, minan nuestra existencia, nuestra vida corporal, es, seguramente, dice San Ambrosio, la fiebre de la ambicion y el orgullo : *Febris nostra ambitio est.* Y esta fiebre del orgullo, segun la Escritura sagrada, es la mas peligrosa y funesta, pues es el origen de todos nuestros errores como igualmente de todos nuestros pecados : *Initium omnis peccati superbia est.*

2. No creais, hermanos míos, que los falsos filósofos que reniegan y combaten la religion, así procedan porque hallan buenas razones para no creer, para no tolerar la religion. No, nada de eso. El único motivo que los impele, es la una soberbia febril : *Febris eorum ambitio est*; un orgullo calenturiento que los ciega, los excita, los sumerge en un estado tal

de delirio que no pueden menos de blasfemar. Con un ahinco, con una solicitud indecible, adhieren á errores incomprensibles que les dan la muerte, antes que someterse á verdades incomprensibles que podrian salvarlos. En cuanto á los argumentos que hacen prevalecer para justificar su apostasia, y que tan estrepitosamente alegan, estos argumentos solo pueden hacer mella en los ignorantes, solo pueden convencer á los bobos, solo tienen valor para las imaginaciones tan dolientes tan calenturientas como las suyas.

Tal sucede, de un modo particular, con las doctrinas y sistemas que la razon filosófica opone á la razon católica con respecto al dogma de la creacion

En mis últimas conferencias, os he presentado el cuadro de todos los errores en los cuales se precipitó la razon filosófica por haberse negado á prestar fe al dogma de la creacion. Actualmente se trata de combatirlos y presentarlos en toda su fealdad, en toda su diformidad. Tal es nuestro objeto.

Ya hemos visto que estos errores son principalmente el DUALISMO, el PANTEISMO y el ATEISMO. Hoy voy á hablaros del primero de ellos. Vereis, lo espero, lo incoherente, lo absurdo, la locura de semejante sistema, y os penetrareis cada vez mas de esta grande verdad que resulta del exámen serio de todas las doctrinas anti-cristianas, esto es: *Que todo lo que á la fe hiere, hiere tambien la razon; y que la incredulidad no puede atacar la religion, sin ponerse en completa rebelion contra los principios de la verdadera filosofia.* Imploremos el socorro de Dios por la intercesion de María. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

3. El DUALISMO como ya lo hemos visto, es el sistema de dos principios eternos, Dios y la MATERIA, principios que formaron al mundo, segun la razon filosófica, determinada á prescindir enteramente del dogma de la creacion del mundo de la nada.

Sistema de error es este que se halla mas esparcido de lo que generalmente se piensa, y la creencia en el DUALISMO se encuentra aun en espíritus que se intitulan cristianos. Muchos de estos cristianos he visto y oido entre vosotros, cristianos de nuevo cuño que creen que Dios no formó al mundo de la nada, sino de una materia eterna como él mismo; sin notar que, al admitir semejante creencia, se hallan en rebelion flagrante contra los principios fundamentales del cristianismo, ó en otros términos, que no son cristianos.

Este error inmenso que imaginado habia la razon filosófica, y que ha desenterrado la moderna, acreditando así su impotencia en inventar nuevos errores; este inmenso error, digo, se habia reproducido y fue combatido por insignes varones, por varones superiores de esta misma religion; pues la Providencia que vela sin cesar para mantener la verdad católica en el mundo, y no permite jamás que se levanten para combatirla espíritus temerarios, sin oponerles vigorosos atletas para defenderla, suscitó, en los primeros siglos cristianos, á varones tales como un Tertuliano, en Cártago; un Orígenes, un San Dionisio, y un San Máximo en Alejandria; un Lactancio, en Roma; un Teofilacto, un Eusebio y un San Crisóstomo, en Constantinopla; un Basilio, en Césarea; un Ambrosio, en Milan; y un Agustin en Hipone, dándoles por mision atajar los progresos del dualismo en estas diversas comarcas, y explicar y vengar el dogma antiguo, el dogma tradicional, el dogma cristiano de la creacion.

Vais á asistir hoy, hermanos míos, á un dogma muy consolador para vuestra fe; vais á ver los atletas de la verdad católica en victoriosa pugna con los atletas del error; vais á ver que la cuestion del dogma de la tradicion fue, hace diez y seis siglos, discutido con mas peso y arraigo que en nuestros días, al paso que los errores contemporáneos fueron de antemano refutados, hace mil y seiscientos años, por la fuerza de la dialéctica y del genio católico. Vereis que los herejes que atacaron este dogma no eran hombres sin importancia, sino inteligencias sólidas, llenas de luces, provistas de toda clase de conocimientos, de todos los argumentos, de todos los sofismas de la filosofia griega; y deducireis esta conclusion, para vuestra mayor edificacion y vuestra mayor dicha: que, ha-

biendo sido atacado el dogma católico por los mas esforzados y descolantes ingenios de la razon humana, fue aceptado por nuestros padres con un conocimiento perfecto de causa, y despues que se hubieron asegurado que, superior á la razon, este dogma divino siempre triunfó de los esfuerzos de la filosofía; y es el que mas se adapta á la inteligencia humana, y la base misma de la razon, asi como de todo culto. Y como sucede lo mismo con todos los dogmas del catolicismo que teneis la dicha de profesar, tendreis la satisfacion de pensar que el homenaje de vuestra fe á las verdades que la Iglesia os propone, es un homenaje racional que eleva, que ennoblece, que ilumina la razon; y que, en vez de abatirla como se pretende, en vez de degradarla y oscurecerla, le da incremento, progreso, y le asegura contra los funestos esguinces que le dan la muerte.

4. El primero y el mas antiguo de los herejes que sostuvo con cierto brillo la doctrina del dualismo, fue Hermógenes. Dotado de no poco talento, si bien de un carácter flaco y muy movedido, este corifeo de la herejía era uno de esos cristianos que, como os lo decia en mi última conferencia, al llegar al cristianismo, se habian guardado de renunciar enteramente á los falsos sistemas de filosofía pagana, debiendo á su maníatica infatuación por esta misma filosofía, el llegar á ser herejes. Con la misma lijereza con que las habia abrazado, renunció un dia Hermógenes á las doctrinas cristianas y á la Iglesia, para acudir de nuevo á los filósofos y á las doctrinas del Pórtico y la Academia; y, como nos lo asegura Tertuliano, empezó á filosofar sobre el origen del mundo; ni mas ni menos que los estoicos antiguos y como los dualistas modernos: «No hay, decia, mas que tres sistemas posibles para explicar la existencia del universo, á saber: ó que Dios lo ha formado de su propia sustancia, ó que lo ha criado de la nada, ó que lo formó de una materia preexistente. Los dos primeros de estos sistemas me parecen igualmente absurdos; pues no puedo concebir á Dios formando de su existencia enteramente espiritual, seres materiales; como tampoco que este mismo Dios saque de la nada esta inmensa y admirable máquina del mundo. Luego hay que refugiarse en la sola hipótesis posible, y es que Dios haya fabricado el mundo

« de algo ya existente, y esta cosa no puede ser mas que la materia. Luego Dios y la materia siempre han existido simultáneamente; y la materia, asi como Dios, es innata, no criada, sin principio ni fin; y de esta materia eterna formó Dios el mundo y todos los seres que lo habitan » (1).

De esta manera habia formulado Hermógenes la doctrina del DUALISMO.

Ya lo veis, hermanos míos, toda esa doctrina reposa en el principio de la eternidad de la materia. Así Tertuliano, que tanto se afanó en combatir los dualistas de Cártago en la persona de Hermógenes, su apóstol y maestro, se aplicó de preferencia á demostrar lo absurdo é impio de este principio de la *materia eterna*, con esa fuerza de lógica, con ese poder de palabra que le eran propios y que todo lo avasallaban.

5. Pero, para penetrarse bien de la extension y fuerza de los argumentos de este gran apologista, conviene observar que Dios no es Dios sino en tanto que es eterno. Es verdad que el mayor número de los teólogos y filósofos católicos, al definir á Dios el SER POR SÍ, *ens a se*, hacen consistir la esencia divina en la ASEIDAD, esto es, en la inefable y exclusiva prerogativa de Dios de *ser por sí mismo*, en sí mismo, y tener por sí mismo y en sí mismo el principio y razon de su ser. Pero

[1] « A christianis conversus ad philosophos, de Ecclesia in Academiam et Porticum, inde sumpsit a stoicis, materiam cum Domino ponere, que et ipsa semper fuerit, neque nata, neque facta, nec initium habens, omnino nec finem, ex qua Dominus omnia postea fecerit. Præstruens autem Dominum fecisse de *semetipso* cuncta, aut de *nihilo*, aut de *aliquo*; ut cum ostenderit neque ex *semetipso* facere potuisse, neque ex *nihilo*, quod superest exinde confirmet, ex *aliquo* cum fecisse atque ita *aliquid* illud MATERIAM fuisse (TERTULLIAN., *contra Hermogenem*.) »

Como es fácil de notar, es el mismo error que reprodujo y propaló Rousseau, casi en los mismos términos; pues, segun el filósofo de Ginebra, « la materia existe *ab æterno* y Dios se crio, tan solo á disponer maravillosamente sus partes y comunicarles movimiento (*carta á monseñor de Beaumont*). » Igualmente es de notar que Rousseau, al descerrar la doctrina de Hermógenes, imitó su estilo y conducta; notándose en ambos el mismo abuso de lenguaje, la misma fuerza de sofisma, la misma ignorancia de los primeros elementos de la verdadera filosofía, la misma modestia afectada, la misma pretension de explicar lo inexplicable, de comprender lo incomprendible. Falta únicamente á Rousseau un Tertuliano para refutarlo.

Dios no es un ser, un *ser por sí*, sino en tanto que no tiene principio, en tanto como es eterno.

Por este motivo los antiguos Padres consideraron la eternidad de Dios como la base de su ser, la esencia de su naturaleza, el manantial de todas sus perfecciones.

Taciano llamaba á Dios : « El solo principio sin principio entre todo lo que existe » (*μὴνὲς ἀναρχὸς ὄν*, *Orat.*, n. iv); y Tertuliano, con ese vigor de expresion que penetra y arrastra, dice : « El censo de la Divinidad (esto es, el carácter, la nota que indica, y en cierto modo la legitima) es la eternidad : *Quis alius Dei census, nisi aeternitas?* » (*Cont. Hermog.*)

En el concepto de San Clemente de Alejandría, Dios es lo que carece de nacimiento, y la privacion de nacimiento constituye la esencia de Dios : *Illud ipsum quod ortu caret Deus est, et ipsa, ut ita dicam, ortus carentia, Dei essentia est.* (*Contr. Sabellium, apud Eusebium, Prepar. Evang.*, l. VII.)

Novaciano no reconoce á Dios como ser perfecto é infinito, sino porque no tiene principio, ni puede tener fin : *Infinitem est quidquid nec originem habet omnino nec finem.* (*De Trinit.*, l. iv.)

San Ireneo, y San Metodio, se expresan del mismo modo ; y lo mas singular es que los mismos filósofos paganos parecen considerar la eternidad como la esencia, la naturaleza de Dios ; pues Ciceron, adoptando el dictámen de Platon y Aristóteles, dice : « Si es necesario admitir un Dios, no podemos admitirlo sino como sempiterno, pues la idea de Dios en sí encierra la idea de la eternidad de su principio y de su duracion : *Deum cogitare non possumus nisi si sempiternum.* »

« Si Dios es el ser infinitamente perfecto, dice Lactancio, es porque es eterno : *Deus ideo perfectus, quia sempiternus.* (*Institut.*, l. VIII, c. 11); y el mismo Tertuliano habia dicho : « El carácter de la eternidad es hacer que Dios sea el ser soberanamente grande y perfecto : *Hic status, aeternitatis censendus quae summum magnum Deum efficiat.* » (*Contr. Marcion*, l. I, c. 1.)

6. Ahora bien, admitido esto, el mismo Tertuliano tenia derecho de afear á los dualistas de la escuela de Hermógenes (y

otro tanto merecen los modernos), porque al afirmar que la materia no fue criada, sino que desde toda eternidad ha existido como Dios, hacian de la materia un verdadero Dios ; « pues el carácter propio de Dios, decia, es la eternidad ; y el carácter de lo que es eterno es de haber existido, deber existir siempre, y no tener principio ni fin. Pero si la eternidad es *propia* de Dios, solo á Dios puede convenir, pues lo que es propio á un ser le pertenece exclusivamente ; y si la eternidad fuese atributo de otro sera además de Dios no sería propia de Dios, pues participaria de ella ese otro ser al cual se le atribuye : *Quis enim alius Dei census quam aeternitas? Quis alius aeternitatis status quam semper fuisse et futurum esse, ex prerogativa nullius initii et nullius finis? Hoc, si Dei est proprium, solius Dei est, cujus est proprium quia, et si aliis adscribatur, jam non erit Dei proprium, sed commune cum eo cui adscribitur.*

« De que la eternidad es propia únicamente á Dios, sigue-se de toda necesidad que la esencia eterna es singular, principal, *única*; pues solo siendo *única, principal* y *singular*, puede ser la esencia eterna propia á un solo ser. Pero pregunto yo : ¿ qué viene á ser una esencia *singular* y *única*, sino una esencia á la cual nada puede ser comparada? ¿ qué viene á ser una esencia *principal*, sino una esencia que es superior á todo, antes de todo, y de la cual todo deriva? Ahora bien, Dios no es Dios sino en tanto que es todo esto, y Dios no es uno sino en tanto que es el solo que reúne todos estos atributos. Si fuera posible que otros seres, fuera de Dios, tambien los reuniesen, habria tantos Dioses como seres así constituidos, esto es la esencia de Dios : *Quod si Dei est, unicum sit necesse est, ut unus sit. Aut quid erit unicum et singulare, nisi cui nihil adaequabitur? Quid principale, nisi quod super omnia, nisi quod ante omnia et ex quo omnia? Hoc Deus solus habendo est, et solus habendo unus est. Si et alius habuerit, tot jam erunt Dei quot habuerint quae Dei sunt.*

« Por consiguiente, al atribuir todo esto á la materia, pues le atribuye la eternidad que todo esto en sí contiene, Hermógenes vuestro maestro considera la materia igual á Dios, hace de la materia un Dios, y admite dos Dioses. ¿ Pero cabe acaso mayor estolidez que el admitir dos Dioses, cuando vosotros

mismos convenis, que, siendo Dios la cosa SOBERANA, la perfeccion soberana, no puede menos de ser solo; que no puede ser solo sino con la condicion de ser único; y que no puede ser único sino en tanto que nada le pueda ser comparado? Ahora bien, al admitir que la materia es eterna, todo eso lo destruis, pues haceis la materia igual á Dios, y por consiguiendo un Dios : *Ita Hermogenes duos Deos infert; materiam parem Deo infert. Deum autem unum esse oportet, quia quod summum sit Deus est. Summum autem non erit, nisi quod unicum fuerit. Unicum autem esse non poterit, cui aliquid. Adæquabitur autem Deo materia cum æterna censeatur.* »

« Eso es una impostura, exclamaban los partidarios de Hermógenes; nos calumnia todo el que nos acusa de querer hacer un Dios de la materia, cuando no nos cansamos de declarar que, para nosotros, Dios solo es el ser simple, activo, omnipotente, infinito, perfecto, y que la materia es como la vemos, como la probamos, una sustancia inerte, insensible, pasiva, susceptible de tomar indiferentemente todas las formas que le da la voluntad humana. ¿Es acaso eso divinizar la materia? ¿No es, al contrario, establecer en los términos mas formales, entre la materia y Dios, una diferencia infinita con respeto á su ser y á su manera de ser? *Sed nobis Deus, Deus est, et materia, materia est.* »

« Vano sofisma, respondiale Tertuliano; vano sofisma es esa pretendida distincion. Entre seres á los cuales se reconoce y se atribuye identidad de naturaleza, identidad de estado, la diferencia de nombre en nada arguye la diferencia de las cosas. Cuando se admite que dos seres tienen las mismas calidades esenciales, la misma existencia, la misma calidad de ser, inútil es llamarlos por nombres diferentes; siempre serán seres idénticos, ó, por mejor decir, un solo y mismo ser : *Quasi diversitas nominum comparationi resistat, ubi idem status vindicatur.*

« Decis que no atribuis á Dios y á la materia la misma forma, la misma naturaleza. Pero nada significa ese argumento que alegais, pues atribuis á ambos la misma manera de ser : *Sit et natura diversa, sit et forma non eadem; dummodo ipsius status una sit ratio.* Y en efecto, al admitir que Dios es

innato, que Dios siempre ha existido, ¿no admitis igualmente que tambien la materia es innata, y que siempre ha existido? vosotros opinais que, uno y otro son seres *por sí*, seres sin principio, seres sin fin. Igualmente sostenéis que el que hizo el mundo, así como la misma materia de que se compone este, son ambos á la vez autores del mundo; á menos que queráis contradeciros al negar á la materia el derecho de pretender haber tambien formado el mundo, mientras que afirmáis que con esta misma materia eterna fue hecho el mundo ¿Qué quiere decir esto sino el reconocer á Dios y á la materia el mismo estado, la misma naturaleza? ¿y de qué sirve entonces esa diferencia en los nombres? : *Innatus Deus; an non innata materia? Semper Deus; an non et semper materia? Ambo sine initio, ambo sine fine, ambo etiam auctores universitatis, tam qui fecit quam ex qua fecit. Neque enim potest non et materia auctrix omnium deputari, de qua universitas consistit.* »

7. « Afirmáis, añadía asimismo Tertuliano, que, exceptuando la eternidad, no reconocéis otras propiedades á la materia que las que todos en ella reconocen. Pero este aserto es un nuevo sofisma, pues suponeis que si la materia hubiese existido desde toda eternidad, sería lo que es actualmente; y nada es menos cierto, nada mas evidentemente falso.

« Veis ahora la materia inerte, insensible, estúpida, mutable, limitada, finita, esencialmente pasiva, absolutamente indiferente á todas las formas, necesariamente imperfecta en su todo y en sus partes, desterrada y como abandonada en las regiones mas bajas, y, por decirlo así en el primer piso de la creacion; y ¿por qué? Cabalmente porque la materia no es eterna, y porque criada de la nada, ser contingente, y temporal, no tiene mas que lo que ha recibido; no tiene, ni mas ni menos, que la medida, el peso, el tamaño, la naturaleza, las condiciones, las propiedades, la destinacion que plugo darle al Criador.

« Pero tal no sería el caso si hubiese existido la materia desde toda eternidad. En esta hipótesis sería un ser eterno. Ahora bien, un ser eterno es un ser infinito en su duracion; lo que es infinito en la duracion, es infinito en el ser y en el modo de ser. Lo que es infinito en el ser y en el modo de ser,

es un ser *por sí*. Todo esto hay que atribuirle. Un ser *por sí* es un ser existente por sí mismo, un ser necesario, independiente, inmutable, un ser que halla en sí mismo toda su esencia, poseyendo la plenitud del ser, no teniendo necesidad de cosa alguna, sin nada que pedir, sin nada que recibir; un ser poseyendo en sumo grado todas las perfecciones del ser; un ser completo, absoluto, infinito, perfecto, no solo con respecto á su duracion, sino tambien con respecto á su esencia. Tal sería la materia si pudiese ser eterna. Pero un ser semejante es nada menos que Dios. Luego, al atribuir la eternidad á la materia, voluntaria ó involuntariamente, haceis de ella un Dios; pues la eternidad es de una pieza y no puede dividirse. La eternidad no puede prescindir de las condiciones de lo infinito. La eternidad de origen, esto es, la infinidad de esencia, con respecto al principio del ser, contiene igualmente en sí y de un modo forzoso, la infinidad con respecto á las demás condiciones del ser. Es necesario ser consecuente: al atribuir la eternidad á la materia como su condicion propia y absoluta, hay que atribuirle igualmente todo lo que acarrea consigo el atributo de la eternidad, todo lo que la eternidad en sí encierra. Así pues, elevada á este grado supremo de grandeza y perfeccion de esencia, y en comunion perfecta con Dios desde toda eternidad, debe necesariamente participar la materia de todas las leyes, de todas las condiciones, de todas las prerogativas, de todo el poder, de toda la plenitud de la eternidad. Asegurais que no entra en vuestro pensamiento hacer un Dios de la materia, la cual no puede ni debe tener ninguno de los atributos de Dios. Pero, desde que le concedéis la eternidad, ese grande y esencial atributo de Dios, por el cual Dios es Dios, os veis obligados á reconocer en la materia todos los demás atributos divinos; y, no pudiendo menos de ser así, haceis de la materia nada menos que un Dios. ¿Y cómo es possible, sin renunciar á la razon y al sentido comun, considerar la materia como un ser perfecto, inmutable, completo, existiendo por sí mismo, infinito de su propio fondo, independiente de todo otro ser, en una palabra, cabe mayor desatino que el considerar la materia como Dios? : *In æternitatis consortio collocata materia necesse est, ut conditiones omnes et leges participet æternitatis.* »

« Pero nos prestais discursos, insistian los dualistas, que lejos estamos de profesar. ¿Al decir que la materia ha existido desde toda eternidad, ¿siguese acaso que atribuamos á la materia lo que forma la esencia de Dios? De que la materia posea, juntamente con Dios, el hecho accidental de haber existido siempre, ¿siguese acaso, en el estado de pasividad, insensibilidad é indiferencia en que se encuentra actualmente, que posea todos los atributos de Dios? No, no, nadie piensa igualar la materia á Dios al atribuirle algo de comun con la esencia divina. Y, al confesar, al proclamar en alta voz: que la materia no tiene ni puede tener todo que es propio de Dios, ¿no es evidente que rechazamos toda comparacion, toda semejanza entre Dios y la materia, y que injustos sois al acusarnos de considerarla como Dios? : *Non statim materia comparatur Deo, si quid Dei habeat. Non totum habendo non concurrit in plenitudinem comparationis.* »

A lo cual replicaba Tertuliano: « Bien me consta que, de un modo verbal no admitis que la materia posea todos los atributos de Dios; pero os lo digo y os lo repito: las palabras no cambian la naturaleza de las cosas. La naturaleza de las cosas reside en su esencia; y por esta todo ser es lo que es. Ahora bien la esencia divina es la eternidad, y todo ser eterno es esencialmente Dios. Al atribuir pues la eternidad á la materia, no podeis menos, á pesar de vuestras protestaciones, de considerarla como un Dios. Bien comprendo que os negueis á admitir esa consecuencia; pero ello es cierto que emana forzosamente de vuestros principios. Vuestras continuas denegaciones tan solo prueban una cosa: que admitis un principio y que retrocedeis en presencia de las consecuencias; que os hallais en contradiccion flagrante con vosotros mismos; y que vuestra doctrina de la eternidad de la materia no solamente es impia sino absurda.

« Segun la nocion verdadera, la idea legítima que siempre y por do quier tuvieron los hombres de Dios, Dios no es uno sino en tanto que ninguna otra sustancia nada tenga, ningun atributo posea, que pueda hacerla pasar por otro Dios. Lo que es propio de Dios debe ser enteramente suyo, y esto solo puede verificarse con la condicion que á ningun otro ser convenga: pues NADIE PUEDE POSEER LA MENOR COSA DE LO QUE ES PRO-

PIO Y ESENCIAL A DIOS; y atribuir á ente alguno una sola de las prerogativas de Dios, es hacer un Dios: *Veritas autem sic unum Deum exigit defendendo ut solius sid quicquid ipsius est; ita enim ipsius erit si fuerit solius, et ex hoc alius Deus non possit admitti.* NEMINI LICET HABERE DE DEO ALIQUID. »

8. ¡Error blasfemia! exclamaban los dualistas al oír estas últimas palabras del doctor africano. Si, lo que acabais de decir es una blasfemia y un error. ¡Cómo! ; *No se puede tener nada de Dios, nada semejante á Dios, sin ser Dios!* Así negais todas las facultades del alma, Tertuliano; negais hasta la existencia del hombre, y la realidad de todos los seres; pues nada es Dios fuera de Dios. Y sin embargo, ¿deja de ser verdad que el alma humana posea, como Dios, la simplicidad de su naturaleza, la sabiduría de su inteligencia, la libertad de sus acciones, y la inmortalidad de su destinacion? ; No es verdad que todos los seres, en tanto como existen, están en comunidad de ser con Dios? Si cierto fuese lo que afirmáis: *que nadie puede poseer la menor cosa en comun con Dios sin ser Dios*, el alma humana, que no es Dios, no podría tener ninguna de sus facultades, no podría ni aun siquiera existir; como tampoco los demás seres los cuales tampoco son Dioses. ¿Puede haber impiedad mayor, mayor necedad? Convenid pues, Tertuliano, que la materia puede tener de comun con Dios la eternidad de su principio, sin que esto arguya que sea Dios; así como el alma humana posee, juntamente con Dios, sus facultades y la inmortalidad de su duracion, y como los demás seres tienen de comun con Dios la facultad de existir, sin ser por esto Dioses: *Ergo, inquis, nec nos habemus Dei aliquid?* »

Esta réplica de la herejía dualista era seria, y hubiera podido poner en apuro al apologista de la verdad católica, si no hubiese hallado, menos en su genio filosófico, que en la misma verdad que defendía, los medios de hacerla triunfar. Así, « Basta de sofisma, replica Tertuliano, sin perturbarse. Si, creemos que el alma humana posee como Dios la simplicidad, la sabiduría, la libertad, la inmortalidad, y que, en el goce de su ser y facultades, participa de algo que es propio de Dios, sin que de esto resulte que sea Dios. Si, todos los seres tienen como Dios la propiedad de existir, sin que esto arguya que son

Dioses. Pero todo esto es porque, según los principios de nuestra fe, consideramos las facultades del alma y la existencia de los seres como dones de Dios, como gracias que nos deparan su largueza, su omnipotencia y su bondad. Todas estas cosas las admitimos como bienes procedentes de Dios, y no como bienes propios á nosotros y á los demás seres, no como bienes que hallan en nosotros y en los demás seres, su origen, su principio y su razon. Así, si la materia hubiera podido alcanzar como un don, como un gracia de Dios, la eternidad que es atributo propio de Dios, hubiera podido la materia, en esta hipótesis, tener en comun con Dios la eternidad, sin ser Dios. Pero, en vuestro sistema, la eternidad que atribuis á la materia, le pertenece independientemente de Dios, ni mas ni menos que á Dios, y con los mismos títulos, las mismas condiciones, y con todas las prerogativas que acarrea la existencia eterna de Dios. La eternidad con que dotais á la materia es la eternidad que hace de esta un ser tan necesario, tan independiente, tan absoluto, tan infinito, tan perfecto, como Dios; en otros términos, la eternidad atribuida de tal modo á la materia, la constituye un Dios en toda realidad: *Imo habemus Dei aliquid et habebimus; sed ab ipso, non ab ipso, non a nobis. Si materia a Deo accepit quod est Dei, ordinem dico aeternitatis, posset et credi, et habere illa cum Deo aliquid, et Deum illam non esse. Materia autem proprium facit quod cum Deo habet.* »

¡Oh! ; cuán bella, cuán magnífica, cuán sólida era esa respuesta! ; oh! ; cuán racionales son doctrinas de la fe, y cuán fáciles de defender contra los sofismas de la razon! Sin embargo, conviene observar que resulta evidentemente de estas objeciones y de estas respuestas que las pulverizan, que los enemigos del cristianismo en la época de que hablamos, eran mucho mas filósofos, mucho mas vigorosos, mucho mas hábiles que los que en el día vemos, los cuales, poseen la mala voluntad de seguir el error, la desfachatez de profesarlo en medio de las naciones cristianas, sin la fuerza del raciocinio, sin los conocimientos mas elementales para defenderlo. Lo que igualmente resulta de estas objeciones y estas respuestas, es que los enemigos de la verdad católica de aquellos tiempos rivalizaban é igualaban, en cuanto á la inteligencia, ciencia y

dialéctica á los grandes apologistas de la religion; y que estos últimos tuvieron que entrar en la arena y luchar sin descanso con adversarios dignos de ellos bajo todos aspectos, consiguiendo victorias tanto mas acreedoras á todo encomio, cuanto mas sangrienta y porfiada fue la pelea. Pero volvamos á esta importante y magnífica discusion.

9. Ninguna contestacion podia hacerse á las últimas respuestas de Tertuliano. No obstante, confundida pero no humillada, refutada pero no convencida, no queria ceder el terreno la razon filosófica de los dualistas de Cártago; y no pudiendo alegar argumentos á la razon católica de los defensores del dogma de la creacion, le oponia reconvencciones y gritos, no cesando los partidarios de Hermójenes de prorumpir en quejas, propalando por do quier que se les trataba con injusticia, y que se les calumniaba al atribuirseles el sacrilegio de divinizar la materia. Aunque admitamos, volvian á decir, que la materia carece de principio y que siempre ha existido, importa conocer igualmente: 1.º que es un ser inferior á Dios; 2.º que tributamos á Dios la dignidad de criador, de señor y dueño de todo; 3.º que establecemos una diferencia infinita entre Dios y la materia, de modo que es imposible engañarse y atribuirnos que admitimos dos Dioses.

« ¿Pero qué significan esas quejas, deciales interrumpiéndoles el primer genio cristiano del Africa, y de qué os quejais? Vuestras quejas son tan poco legítimas, como vuestras afirmaciones poco racionales. Os lo repito, ¿es acaso calumniaros el atribuirlos las consecuencias que imperiosamente derivan de vuestros principios? Pues tal es lo que hacemos y no otra cosa. Decis, desde luego, que, al paso que afirmáis que la materia es eterna, la considerais como un ser secundario, sujeto á Dios, dependiente de Dios; como un ser de una naturaleza menos elevada que Dios; no comparable á Dios, y sin mas relaciones con la divinidad que las de un inferior con un superior; y que por consiguiente mucho distais de ver en ella un ser semejante á Dios, un ser tan Dios como el mismo Dios: *Ostendimus materiam Deo inferiorem*. Pero en vano imagináis tales sutilidades de palabras, esas distinciones efímeras que no pueden cambiar la naturaleza y esencia de las cosas: pues la razon verdadera y legítima de la eternidad os conde-

na implacablemente. Por mi parte me ciño y adhiero á este principio que todo el mundo comprende, que todo el mundo conoce, y que todo el mundo acepta: lo que es innato y eterno no es susceptible de disminucion alguna, de grado alguno de inferioridad: *Si minorem et inferiorem Deo, et idcirco diversam ab eo et idcirco incomparabilem illi contendit ut majori, ut superiori; præscribo: non capere ullam diminutionem et humiliationem quod sit æternum et innatum.*

« Y, en efecto, ¿por qué el mismo Dios á nadie es inferior, ni á nadie sujeto, sino, al contrario, superior á todo? Porque es eterno; pues la eternidad es la que hace que sea tan grande, tan perfecto como lo creemos; la eternidad es la que hace que sea lo que es, de nadie procedente; la eternidad es la que le hace ser independiente de todo, libre de todo, superior á todo, dominándolo todo. Así como las condiciones de superioridad é inferioridad de todas las cosas que no son Dios, que existen fuera de Dios, dependen de que nacen y mueren, en otros términos, de que tienen un principio y un fin, en una palabra, de que no son eternas; del mismo modo, aunque en sentido contrario, si no cabe en Dios grado alguno de disminucion, asomo de inferioridad, es porque nunca tuvo principio, nunca fue formado, esto es, porque es eterno. ¿Cómo podria ser la materia inferior á Dios si existiese como Dios desde toda eternidad? ¿Cómo podria depender la materia de Dios con respeto á su modo de ser, siendo independiente de Dios con respeto á su origen? : *Non capit ullam diminutionem aut humiliationem quod sit æternum et innatum quia hoc et facit Deum tantum quantus est. Sicut cætera que nascantur aut finiunt, et idcirco æterna non sunt, admittunt dominationem et subjectionem, quia nata et facta sunt, ita et Deus ideo ea non capit, quia nec natus omnino nec factus est.* »

10. « En segundo lugar decis, continuaba diciendo Tertuliano, que, al admitir con Hermójenes, que todo lo formó Dios de la materia; y que á su sabiduría, poder y bondad, se debe la obra perfecta del universo, en nada ultrajais la naturaleza y esencia de Dios, pues estableceis una diferencia inmensa entre la materia y la Divinidad; conservais intacta y respetuosamente la sustancia y autoridad de Dios; le dejais la gloria de

ser solo en su género, el primero, el solo autor y señor de todo, y la esencia que á ninguno otra compararse puede : *Sic se habente materia salva est Deo et auctoritas et substantia ; salvum Deo est ut et solus sit et primus et omnium auctor et omnium Dominus, nemini comparandus.*

« Pero tal pretension de vuestra parte, esto es, que, en vuestro sistema de la materia siempre existente, la supremacia absoluta de Dios se halla al abrigo de toda concurrencia, no puede ser una pretension formal, y mas ganas tenemos de reir que de combatirla : *Cum proponat Hermogenes salvo Dei statu fuisse materiam, vide ne irrideatur a nobis.*

« Por este modo de discurrir, al paso que aparentais establecer á Dios en un estado excepcional, colocais la materia en el mismo nivel que la divinidad, y estableceis este estado como una condicion comun á ambos. Vosotros concedeis á la materia los mismos privilegios que reservais á Dios ; pues, al sostener que Dios todo lo formó con una materia tan eterna como él mismo, afirmais, es verdad, que Dios es el primero, pero que la materia es primera con Dios ; que Dios es solo, pero que la materia fue tambien sola en compañía de Dios ; que Dios es el autor y señor de todo, pero que la materia es tambien la autora y señora de todo juntamente con Dios. Pues bien, os lo vuelvo á preguntar ¿qué viene á ser eso sino atribuir á la materia todo lo que es propio de Dios, todo lo que Dios tiene derecho de reclamar para sí solo? ¿qué viene á ser eso sino comparar Dios á la materia, mas bien que la materia á Dios? ¿qué viene á ser eso, sino despojar á Dios de su esencia divina y de todo lo que puede establecer una diferencia real entre la materia y Dios? *Proinde salvo statu materiae fuisse Deum, communi tamen statu amborum. Salvum ergo erit et materiae ut et ipsa fuerit, sed cum Deo, quia et Deus solus, sed cum illa ; et ipsa prima cum Deo, quia et Deus primus cum illa ; sed et illa incomparabilis cum Deo, quia et Deus incomparabilis cum illa, et auctrix cum Deo et domina cum Deo... Ita nihil illi reliquit Hermogenes quod non et materiae contulisset.*

« Pero si se atribuye igualmente á la materia el mismo modo que á Dios, la misma eternidad que á Dios, como esa gran condicion excluye toda especie de menoscabo, toda especie

de inferioridad, toda especie de sugesion, siguese que Dios y la materia son dos seres innatos, ambos no criados, perfectamente semejantes, ambos en el mismo estado, participando de las mismas condiciones del ser ; siguese que Dios y la materia son dos seres de los cuales el uno no aventaja ni supera al otro, ni es mas elevado, ni mas bajo. En tal hipótesis, Dios y la materia son dos seres que tienen el mismo principio, la misma razon de ser, ambos igualmente grandes, igualmente sublimes, ambos dotados de las mismas ventajas y de toda la felicidad sólida y perfecta que es propia á la eternidad : *Et materiae autem status talis est. Igitur et duobus aeternis, ut innatis ut infectis, Deo atque materiae, ob eadem rationem communis status, ex quo habentibus id quod neque diminui, nec subjici admittit, id est aeternitatem, neutrum dicimus altero esse minorem sive majorem, neutrum altero humiliorum sive superiorem ; sed stare ambo, ex pari magna, ex pari sublimia, ex pari solidae et perfectae felicitatis quae censetur aeternitatis.*

11. « Pero aun no para aquí : la divinidad, insistia Tertuliano, es una é indivisible ; y, como la unidad, es siempre y por do quier la misma, sin partes, sin grados, sin poder ser inferior á sí misma : *Divinitas gradus non habet, et minor ea nunquam poterit esse.* Los atributos de Dios son tan inseparables, como la naturaleza divina es indivisible. No hay divinidad grande y divinidad pequeña ; divinidad completa y divinidad incompleta ; no hay una divinidad dotada de todos los atributos de Dios y otra divinidad dotada de uno solo de estos atributos. La divinidad no puede hallarse al mismo tiempo, en todo y en parte, en dos seres diferentes. La divinidad existe enteramente en donde se la supone, ó bien no existe de modo alguno. Si en un ser cualquiera reside uno de los atributos esenciales de Dios, todos los demás existen tambien necesariamente. Luego absurdo es admitir la divinidad en Dios, y uno solo de los atributos de Dios en la materia, pues seria dividir lo invisible y pluralizar la unidad.

« Pero si la materia no tiene principio, es innata y eterna, y por esto mismo es divina ; y, en este caso dividida se halla la divinidad, hallándose á la vez en Dios y en la materia : *Si in materia erit, upote innata et infecta et aeterna, aderit utrobique.*

« Por otra parte, Dios no puede admitir en sí mismo dependencia, ni inferioridad, ni disminucion, porque es infinito, porque es perfecto. ¿Y por qué es perfecto é infinito? Porque es increado, porque es eterno. Luego si se atribuye á la materia la eternidad, hay igualmente que atribuirle, y de un modo forzoso, la perfeccion, la independendencia, lo infinito, la ausencia de toda dependencia, de toda inferioridad, de toda disminucion; en una palabra, hay que admitir Dios y la materia como dos seres igualmente infinitos y perfectos. Siendo ambos seres increados y eternos, no se puede decir ni de uno ni de otro de estos dos seres: el uno es superior, el otro inferior; el uno es mayor, el otro menor; el uno es mas alto, el otro mas bajo: el uno es mas poderoso, el otro menos; sino hay que decir; Dios y la materia son dos seres igualmente superiores, igualmente grandes, igualmente sublimes, igualmente independientes, igualmente infinitos, igualmente perfectos, gozando ambos de la plenitud del ser, de la felicidad sólida de la eternidad. Y, pregunto yo, ¿és posible emitir fallo semejante sobre la materia?

« Por último, si la materia es eterna, indeterminada, innata, no hecha, sin principio ni fin, se debe admitir de toda necesidad que posee una naturaleza inmutable; pero, por otra parte, todo ser que cambia experimenta un desfallecimiento en su manera de ser. Ahora bien la materia es visiblemente, esencialmente cambiable y divisible; luego experimenta continuas y sucesivos desfallecimientos en su modo de ser, y por esto mismo pierde á cada momento la naturaleza inmutable que arguye su carácter eterno; pues, por sus desfallecimientos y mutaciones, cesa de ser lo que era para comenzar á ser lo que no era: *Materia si est eterna, indeterminata et infecta, indemutabilis nature credenda est; amissuram quod fuerit dum fit, ex demutatione, quod non erat.*

Luego tenemos que la materia es á la vez eterna y no eterna: eterna, porque, en vuestro sistema, siempre ha existido y siempre deberá existir; y no eterna, porque no es absolutamente permanente, sino objeto de divisiones y trueques perennes. Luego la materia posee la permanencia, la plenitud del ser por su eternidad; y el desfallecimiento, la alteracion del ser por su mutabilidad.

« Resulta pues que, al admitir la materia eterna, es lógicamente necesario considerarla como Dios, y este Dios no puede ser un Dios contradictorio, un Dios imposible, un Dios absurdo. Tal es la consecuencia á que os impele vuestro sistema de materia eterna (1). »

12. Pero, mientras que la verdad católica, en lo concerniente al dogma de la creacion, triunfaba de los sofismas de los dualistas de Cartago, por la fuerza y elocuencia de los escritos de Tertuliano, el zelo y la ciencia de San Dionisio la vengaban con no menos éxito, y casi con los mismos argumentos, de los ataques de los dualistas de Alejandría.

Los dualistas de esta famosa escuela, segun el testimonio del mismo San Dionisio, tambien profesaban la doctrina impía que Dios no habia criado la materia, sino que la habia encontrado naturalmente paciente, dócil, susceptible de recibir todas las impresiones y todas las formas que plugo darle al Hacedor, empujándose el Criador á formarla, disponerla, embellecerla, para que pudiese formar el universo (2).

(1) En otros pasajes, arguye de este modo Tertuliano contra los partidarios de la eternidad de la materia: « Si Dios es necesariamente inmutable é incapaz de modificacion alguna, es porque es eterno. Todo cambio, toda modificacion de naturaleza y de forma, es la corrupcion de un estado precedente; pues todo lo que cambia ú adquiere una nueva forma, cesa de ser lo que era, para comenzar á ser lo que no era. Pero Dios no cesa jamás de ser lo que es, y no puede ser otra cosa de lo que ha sido: *Deum immutabilem et infirmabilem credi necesse est, ut æternum. Transfiguratio, corruptio est pristini. Omne enim quod transfiguratur in aliud, desinit esse quod fuerat, et incipit esse quod non erat. Deus desinit esse, autem haud nec aliud potest esse.*

« Todo lo que medra ó crece, continua diciendo Tertuliano, prueba por el hecho mismo, que tiene un origen, un principio. Todo lo que decrece ó disminuye, prueba que morirá, esto es, que tendrá un fin. Solo lo que es increado, lo que no tiene principio, es lo que no puede cambiar. Todo lo que ha sido hecho ó engendrado, es susceptible de mutacion; pues las cosas que nacen y antes no existian, cambian, porque llegan á ser por el nacimiento lo que no eran. Pero todo lo que carece de nacimiento y de artefice que lo haya formado, se niega á admitir todo estado de cambio, porque, cabalmente por carecer de origen, carece de todo lo que causa el cambio. No se puede comprender el cambio de un estado á otro, sino como una poreion y un principio de la muerte: *Incrementa originem monstrant, et detrimenta mortem et interitum. Quod non natum est, nec mutari potest. Ea enim sola in conversionem veniunt quæcumque fiunt vel quæcumque gignuntur: dum quæ aliquando non fuerant, discunt esse nascendo, et ideo nascendo converti. At illa quæ nec nativatem habent nec artificem, excluderunt a se demutationem, dum, in qua conversionis causa est, non habent originem. Immutatio conversionis, portio cujusdam comprehenditur mortis.* » (Contra. Prax., c. xxvii.)

(2) « Impietatis illud est quod plerique materiam, cujus ortum nullum